

RESEÑAS / REVIEWS

GONZALO CRUZ ANDREOTTI y FRANCISCO MACHUCA PRIETO, *Etnicidad, identidad y barbarie en el mundo antiguo*, Editorial Síntesis, Madrid, 2022, 275 págs., ISBN 978-84-1357-150-8.

Nos encontramos con una obra que aborda uno de los asuntos de la Antigüedad que más se han dinamizado en los últimos años. Se trata de la controvertida cuestión de las etnias y de las identidades que en el caso de la Península Ibérica es especialmente relevante al ser ese *finis Terrae* tan diverso desde el punto de vista cultural que interesó a los griegos y a los romanos, el punto más occidental de lo que los griegos denominaron *oikouménē*. La obra que reseñamos, por tanto, tiene como objetivo presentar un estudio de la etnicidad, la identidad y la barbarie en el mundo antiguo, abordando también los procesos de etnogénesis y los diferentes planteamientos que se han dado sobre este tema en la sociología moderna y en el mundo clásico. Gonzalo Cruz Andreotti y Francisco Machuca Prieto, los autores de la obra, ambos de la Universidad de Málaga, centran su trabajo en el mundo griego y romano, pero no abandonan la cuestión de las etnias prerromanas que tanto ha interesado a ambos y que en el caso del primero tuvo un notable eco en su obra, en este caso coordinada junto a Bartolomé Mora, *Identidades étnicas – Identidades políticas en el mundo prerromano hispano* (2004).

En el libro podemos encontrar dos partes claramente diferenciadas. La primera incluye el preámbulo y los dos primeros capítulos, más centrados en el estudio de la etnicidad y las identidades desde la perspectiva de la sociología, la historiografía o la filosofía contemporáneas. La segunda parte, sin embargo, se nutre del pensamiento clásico, pues busca comprender las etnias antiguas y la barbarie desde la visión de los griegos, los romanos y los indígenas. Ambas visiones son necesarias y complementarias para entender el papel que ha jugado la identidad de las etnias antiguas en nuestra visión del mundo actual.

Los autores explican en el preámbulo (pp. 9-13) la importancia del tema escogido ante «un inusitado resurgir de conflictos de carácter nacional y étnico-religiosos, en muchas ocasiones violentos» (p. 9). El punto de partida de los autores se basa en la idea de que las identidades étnicas se construyen a lo largo de la historia «y, en consecuencia, ni son inmutables ni intangibles ni, por supuesto, intocables» (p. 12). Esto es, por tanto, el planteamiento que han hecho en las últimas décadas los principales historiadores de la Antigüedad y de la

Prehistoria, como Francisco Burillo, que han abordado la cuestión de las etnias prerromanas peninsulares, alejados ya de posiciones esencialistas a las que nos había acostumbrado la historiografía en los dos siglos anteriores.

Al tratarse las identidades de construcciones sociales, este es un tema que también debe ser abordado desde el punto de vista de la sociología, tal y como los autores plantean en el primer capítulo (pp. 15-30), en el que presentan el punto de vista de sociólogos relevantes como Pierre Bourdieu y su Teoría de la Acción, con la que afirma que las identidades se entienden en los contextos sociales e históricos en los que surgen. Junto a la sociología, «la ciencia histórica debe erigirse como una herramienta no solo de análisis e interpretación, sino también de crítica, reflexión y debate, con el objetivo de acabar con los componentes ahistóricos y excluyentes de las identidades contemporáneas» (p. 15). De hecho, lejos de posturas esencialistas, los autores afirman que «si hay que hablar de identidad étnica, lo más habitual es que los seres humanos posean más de una al mismo tiempo» (p. 21). Las identidades se construyen socialmente también en relación con otras identidades, entrelazadas con las semejanzas de unas y las diferencias de otras. Este es el conocido concepto de la «otredad» (p. 24) al que el arte, la literatura o los discursos han hecho referencia, por lo menos desde Heródoto, con el objetivo de construir un «nosotros» (p. 24). Y es que «no hay que olvidar que la identidad, en definitiva, se construye socialmente (...) en una relación permanente y múltiple con el nosotros pero también con el otros» (p. 29).

El segundo capítulo (pp. 31-65) aborda sobre todo los conceptos de etnicidad y de etnogénesis y las distintas teorías que existen, como la primordialista, la instrumentalista o la constructivista. Los autores hacen un esfuerzo por entender los términos en su contexto histórico, es decir, en el momento en el que surgen y se afianzan en el discurso público. Por ejemplo, «el concepto de etnicidad surgirá a mediados del siglo xx con un objetivo claro: sustituir al de raza» (p. 31), que ya había perdido su arraigo historiográfico después de los desastres que su interpretación había provocado en Europa hasta 1945. Si bien los primordialistas, por ejemplo Sabino Arana a la hora de referirnos a la antigüedad de los vascos, van a hablar de que todas las comunidades políticas cuentan con unos rasgos étnicos originales y auténticos, los instrumentalistas van a considerar que las etnias se caracterizan sobre todo por su «historicidad» (p. 37). De acuerdo con Cruz Andreotti y Machuca, estos últimos se van a caracterizar por entender que las etnias surgen a través del contacto con otras comunidades, es decir, a través de la detección de esas semejanzas y de esas diferencias de las que hablábamos antes. Por tanto, las fronteras van a cobrar con estas teorías un nuevo significado como lugares de contacto fluido entre diferentes culturas, más que como lugares de separación.

Un asunto importante aquí es el de la etnogénesis, «el procedimiento a través del que se generan y construyen las identidades étnicas» (p. 48). Tienen particular importancia dentro de este proceso los mitos de ascendencia común, es decir, los mitos fundacionales, tales como Gárgoris y Habis, que dotan de un antepasado común a todos los miembros de una misma comunidad étnica y, por tanto, de una legitimación histórica. Se trata de «otorgar un comienzo al grupo étnico, que

adquiere así una primera y clara percepción de unicidad y acción conjunta en el contexto de interacción social con otros grupos» (p. 53). Quizás lo que tiene mayor interés, debido a este afán de deconstrucción de las etnias antiguas, es «que un mismo mito o héroe del pasado, tras su preceptivo encumbramiento, sea a la vez referente de dos grupos étnicos distintos y contrapuestos» (p. 65). Los autores ponen el ejemplo de Indíbil y Mandonio, utilizados tanto por el franquismo como por el independentismo catalán, pero existen otros como el propio Túbal, utilizado para reivindicar las esencias hispanas y también las de las vascongadas en contraste con una corrompida Península Ibérica.

El tercer capítulo (pp. 67-108) estudia, por fin, la etnicidad y la identidad en el mundo antiguo, presentado como «un referente clave para entender en parte la invención y reinención de los estados modernos europeos» (p. 67). Deconstruir las identidades antiguas permite, por tanto, hacer lo mismo con las modernas. Conviene señalar en este punto, no obstante, que «la identidad primordial en el mundo grecorromano se articula en torno a la idea de la ciudad» (p. 68) más que en torno a la de etnia, tal y como tradicionalmente se ha postulado desde visiones esencialistas de la Antigüedad. Van a ser las ciudades, de hecho, las que decidan qué bando apoyan en conflictos militares como las guerras sertorianas.

Siguiendo al reconocido prehistoriador Gonzalo Ruiz Zapatero, Cruz Andreotti y Machuca van a defender, sin negar las construcciones romanas posteriores, la existencia de etnias prerromanas en la Península Ibérica ya en la Protohistoria: «Parece oportuno pensar que los datos aportados por la arqueología, al menos en el comentado caso de los vetones, señalan profundos procesos de configuración étnica ya en la II Edad del Hierro» (p. 103). Esto muestra, en cualquier caso, la importancia que en los estudios etnológicos actuales puede tener la arqueología, desde luego cuando existen prácticas comunes que permiten la construcción de discursos identitarios, para complementar las escasas, y muchas veces contradictorias, noticias que nos ofrecen las fuentes clásicas. No obstante, esto no significa que haya alguna sociedad, la de los vetones o cualquier otra prerromana, que mantenga una particular «pureza primigenia» en épocas históricas posteriores (p. 107).

Los dos siguientes capítulos están dedicados de forma separada al mundo griego (pp. 109-144) y al mundo romano (pp. 145-198), presentados ambos como herencia clave, junto al cristianismo, en la tradición cultural del continente europeo. En el caso de los griegos tiene especial importancia Pericles, quien defiende una «identidad nacional» (p. 126) basada en la política y en unas formas de gobierno cívicas determinadas. De acuerdo con Machuca y Cruz Andreotti, y en contraposición con el punto de vista de autores como Johann Gustav Droysen, el helenismo promovió «un pensamiento plural que a menudo nacía de tradiciones locales y de las que también se alimentaba» (p. 144) y, por tanto, nos vamos a encontrar con una diversidad de «helenismos» (p. 137) con variantes locales, regionales e incluso con la propia variante que los romanos desarrollarán y adaptarán después.

En la misma línea que en la referida diversidad del mundo griego, también se plantea en esta obra que «no existió ni una única forma de ser romano ni un

camino para conseguirlo» (p. 145). Para los dos profesores de la Universidad de Málaga, Roma va a ser presentada en el contexto del Romanticismo «como el eslabón histórico previo que justificaba y legitimaba la política expansionista de las grandes potencias de Europa, que se consideraban, a la vez, sus principales herederas» (p. 148), de tal manera que quedaba legitimado el imperialismo europeo tan característico del siglo XIX en plena carrera armada.

Se presenta el carácter jurídico de la «condición ciudadana» (p. 162) romana como un rasgo identitario que a pesar de no ser el único y tampoco ser un rasgo étnico, sí constituiría un elemento político que permitía «que individuos culturalmente diversos entre sí pudieran formar parte de una misma comunidad» (p. 163) provocando, simultáneamente, más cambios identitarios. Volvemos, de nuevo, a la idea de la pluralidad ya presentada en el caso de Grecia. Y también Roma «definirá su marco cultural en contraste con el otro en una suerte de contraposición entre civilización y barbarie» (p. 167) convirtiendo, en el caso del Alto Imperio, y siguiendo en este caso a autores como Greg Woolf, y su conocido *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul* (1998), a la *humanitas* en la forma de vida típicamente romana sin que ésta necesariamente fuese «hegemónica y dominante» (p. 168).

También en este caso los autores van a volver la mirada sobre las comunidades prerromanas, que vivieron la aculturación de Roma «en un contexto presidido por la adaptación y las reelaboraciones» (p. 181). Así, el etnónimo celtíbero va a ser visto, sobre todo, como una denominación creada por Roma, tal y como ocurre también con los vascones antiguos, «como un referente sentimental y vínculo histórico con el pasado» (p. 181). En esta deconstrucción de las etnias peninsulares prerromanas, los autores también van a destacar que «las guerras que los romanos emprenden en Hispania se dirigieron esencialmente contra ciudades, no contra pueblos» (p. 195) en contraposición con lo que tradicionalmente se ha planteado desde la historiografía. La ciudad se convierte de nuevo, tal y como explicábamos en el caso del mundo griego, en el referente político y étnico prerromano.

El sexto capítulo del libro (pp. 199-228) estudia la barbarie en el mundo antiguo y las fronteras, entendidas como «un método para señalar nítidamente la diferencia y reforzar la identidad frente al contrario» (p. 202). En este contexto cobra importancia la descripción de la barbarie en las fuentes clásicas porque causa «asombro, curiosidad, hilaridad, miedo, terror o rechazo, y concita siempre sentimientos de solidaridad colectiva y reforzamiento de tu identidad política, social o cultural» (p. 200). Frente a la comprensión actual de las fronteras como lugares de separación, e incluso como aquellos espacios donde se dan las mayores diferencias económicas y sociales en apenas unos metros, las fronteras en la Antigüedad eran sobre todo «zonas muy permeables» (p. 201). En el imaginario romano el bárbaro «refuerza, por tanto, la idea de una identidad pura, la romana, que hay que preservar de cualquier contaminación» (p. 224) de tal manera que se advierten los peligros de lo que puede suponer la decadencia. Esto es interesante porque es el discurso identitario que se va a realizar en buena parte de Europa hasta la Segunda Guerra Mundial con nefastas consecuencias para la vida de millones de personas consideradas diferentes desde el punto de vista racial.

En el epílogo (pp. 229-232) se explica el papel de las identidades clásicas, la griega y la romana, en «el largo proceso de unificación política y cultural en torno al Mediterráneo» (p. 231), cuestión siempre interesante sobre la que el medievalista José Enrique Ruiz-Domènec también ha publicado recientemente el libro *El sueño de Ulises. El Mediterráneo, de la guerra de Troya a las pateras* (2022). La tesis de Gonzalo Cruz Andreotti y Francisco Machuca es que «no produce una identidad común sino, en muchos casos, identidades compartidas que tienen semejanzas y diferencias, algunas como resultado de resistencias silenciosas, otras como consecuencia de readaptaciones de antiguas tradiciones que reclaman su sitio» (p. 231). En cualquier caso, van a tener que convivir las herencias griega, romana y cristiana en la tradición occidental resultante de la Ilustración sin que se pueda establecer, desde el presente, «un hilo de continuidad con un mundo que, cultura y pensamiento aparte, hizo, para empezar, de la violencia y la guerra su forma de vida» (p. 231).

La importancia de esta obra de Machuca y Cruz Andreotti radica en que aborda las identidades y las etnias antiguas desde una perspectiva crítica sin que esto suponga caer en juicios morales. Se trata de comprender una parte más de la historia de la civilización occidental para poder observar el presente «con ojos críticos» (p. 232) ante los discursos identitarios que están presentes en nuestro día a día. La obra no está escrita únicamente para eruditos, pero resulta especialmente interesante para especialistas del mundo clásico, pues incluye una selección de textos (pp. 233-270) que abordan diferentes temáticas y que constituyen una recopilación muy útil para la docencia. La bibliografía seleccionada (pp. 271-275) que aparece al final del libro ayuda a profundizar más en la cuestión y el índice (pp. 3-7) es una guía práctica para todos aquellos que quieran conocer qué capítulos y apartados incluye la obra.

Tal y como expresan los autores en el segundo capítulo, prestar atención a la cuestión de las etnias antiguas y sus identidades es importante porque «se comprende así mucho mejor el gran peso que la Historia y la Arqueología alcanzan a nivel académico desde el siglo XIX, en tanto que desde su misma génesis se convierten en disciplinas con carácter funcional y legitimador» (p. 39). Con esta aportación, tanto Gonzalo Cruz Andreotti como Francisco Machuca demuestran haber alcanzado una gran madurez intelectual en un tema tan interesante como controvertido.

Javier Larequi Fontaneda
Universidad de Navarra
<https://orcid.org/0000-0002-3512-9934>
jalarequifontaneda@gmail.com

